

La utopía: medio siglo de búsqueda ¹

La ciudad de los '40 conserva aún como núcleo el “cuadrilátero histórico”. En plena mitad de la década Guillermo Meneses ubicó entre Monjas y Padre Sierra el movimiento multitudinario característico de la ciudad moderna. Eran los momentos en que se consolidaba la urbanización San Bernardino, antiguo predio de los Vollmer, y Luis Roche esbozaba Altamira, con obelisco y fuente como puerta de entrada a una Caracas desde entonces dominada por un punto cardinal, el Este, en imperio espacial que en los '70 se extendería hacia el Sureste, con escalamiento de cerros y descensos a estrechos paisajes planos, una vez que la apertura oriental del Valle de Caracas se hubo agotado en la lengua populosa de Petare, cuya prehistoria urbana, cargada de ruralismo quedó, nostálgica, en algún cuadro de Tito Salas. Caracas comenzaba a construirse y destruirse, en lucha cada vez más violenta. De una conquista urbanística que inicialmente concilió vivienda y naturaleza, con quintas enjardinadas hasta el muro o acera que anunciaba, la avenida o calle, se fue pasando, en los bordes de la antigua carretera del Este, pomposamente inaugurada en 1916 por Juan Vicente Gómez, a las urbanizaciones híbridas donde la alternancia de fábricas, nacionales y extranjeras, con casas muy clase media eran la norma (Los Cortijos), o las más selectas, como Los Caobos, situada en el punto de arranque de la “emigración a

¹ Sanoja Hernández, Jesús en *El Plan Rotival: La Caracas que no fue*. Caracas: Ediciones Instituto de Urbanismo/ Facultad de Arquitectura y Urbanismo/ UCV, 1991. Páginas 187-191.

Oriente”, El Rosal frente al puente Country Club; o Los Palos Grandes, antes de Los Dos Caminos, ese punto de descanso, poblado alledaño, tantas veces mencionado en la narrativa de comienzos de siglo, cuando Caracas era una indefinición, pues los ricos-propietarios la cercaban con haciendas como las descritas en *Peregrina o el pozo encantado*, *En este País* y *Reinaldo Solar*.

Próximas también al curso de la Carretera del Este y a la línea del Ferrocarril Central, último vestigio de un transporte que representaba un goce visual deslumbrante, surgieron concentraciones fabriles como Boleíta, en contraste con los preexistentes y orgullosos predios, como La Florida, Luis Roche, Juan Bernardo Arismendi, zona residencial que se tragó una parte de Sabana Grande, o la amurrallada del Country Club, símbolo de la oligarquía, con campos de golf que a mediados de nuestros *twenties* recogieron las páginas de *Élite*.

La inversión del Este no cesaría: el Country había tomado una porción de Blandín, plácido refugio de la “última taza de café en Caracas” en los años cuarenta llegó a la hacienda Altamira y en los cincuenta a la hacienda El Marqués ambas cantadas por Antonio Arráiz, una como el sitio donde el trópico desfallecía en las vertientes húmedas, otra como valle tibio y fértil con bosques de bucares. Mientras tanto, el Oeste comenzaba a contenerse como zona urbanizable para clases en ascenso o como espacio privilegiado para los rentistas de la tierra. Se cerraba en Bella Vista, unida por la Avenida La Paz con El Paraíso, todavía hermoso, custodiado por inmensos árboles, con sus mansiones castristas y su colegio para niñas, el San José de Tarbes, y su moderno Instituto Pedagógico Nacional –algo se le debe a la “misión chilena”- y

su Liceo Aplicación que penetraba hacia el Sur, envuelto por un parque y un campo de fútbol. Aún la naturaleza no había roto el pacto de armonía con el cemento, aún el espacio, dentro de la ciudad, ofrecía aire para respirar, sombra para estudiar o meditar, y a la vez luz venida de arriba y no interceptada por rascacielos.

Los '40 significaron para Venezuela una doble partición, una de ellas común a todo el mundo, con el fin de la guerra, y otra singular con la llamada Revolución de Octubre (1945), que prolongó, aumentándola, la participación del Estado en los beneficios petroleros, nada menos que en condiciones de paz. Las cada vez mayores percepciones fiscales causarían un impacto poderoso en la industria de la construcción, al mismo tiempo que acelerarían el proceso de urbanización del país, especialmente concentrado en Caracas.

Pero la ciudad, antes de 1945, cambió en el propio vientre al cristalizar el anuncio hecho por el Presidente Medina de que serían construidos “hermosos y grandes inmuebles para viviendas de empleados y obreros en el barrio de El Silencio”. En julio de 1942 comenzó la demolición de 331 casas “bajo las piquetas de los zapadores de progreso”. Desapareció así, “el viejo y noble Callejón de Las Chayotas”, como con humorística nostalgia lo nombraba el novelista y crítico José Fabbiani Ruíz. Orgullo de Caracas eran entonces el Hotel Ávila, con inversiones de Rockefeller, y los edificios Veroes y Zingg, ese con escaleras mecánicas. Desde que Carlos Raúl Villanueva entregó aquella ciudad dentro de la ciudad, Caracas tuvo “un nuevo centro”, con edificios sólidos y jardines y plazas en su interior, eventualmente protegido de la agresión callejera. Aquella utopía ha resistido el tiempo, por encima

de la conversión de la Plaza O'Leary en ágora política, de las arcadas de los bloques en cita de bulliciosa buhonería y mercado marginal (la economía informal), y de las calles en flujo heterogéneo de transeúntes de clase media, desempleados y subempleados, gente de los barrios pobres, compradores de ocasión, y de toda esa masa desplazada que no se acomoda al bulevar de Sabana Grande, ni a los islotes urbanos de los centros comerciales, ni a los lugares de convergencia social reseñados en las crónicas gastronómicas, ni a los cafés y bancos de los lujosos edificios de “la otra ciudad”.

Ya en 1945, emblemática o simbólicamente, era el petróleo, el generador de mutaciones en el país, una de ellas el éxodo rural vinculado al crecimiento caótico de las ciudades, principalmente Caracas. Uslar Pietri trabajó obsesivamente la proposición mitológica, tanto en una novela (*Un retrato en la geografía*) como en el ensayo (*De una a otra Venezuela*). Álvaro personaje de *Un retrato...*, quien a su vez prepara una “novela mítica y realista (...) que podría llamarse El Laberinto o El Minotauro”, identifica a ambos con el petróleo, mientras otro personaje, Lázaro, radicalizando la relación con la urbe en expansión, concreta: “Dentro de pocos años Caracas será la ciudad más moderna de toda América del Sur. Ninguno de nosotros la va a reconocer. Hasta los nombres de las viejas calles se van a olvidar. A este país ya no lo para nadie.”

Medina no pudo ver concluidos dos proyectos anunciados simultáneamente con El Silencio: un nuevo Capitolio (en los '70 surgió el edificio administrativo de Pajaritos) y la Ciudad Universitaria, otra de las obras a cuya cabeza figuraba Villanueva. Pero el

plan estaba en marcha, seguiría entre papeles y ajustes en el trienio 1945-48 y remataría en el período de “La transformación del medio físico”, a lo largo de una dictadura militar en tres etapas cuya materialización en el orden de las grandes obras se logró con el Nuevo Ideal Nacional de Pérez Jiménez.

Fruto Vivas, con motivo de la muestra monumental de la obra de Villanueva, uno de sus maestros, dijo de El Silencio que con él se le había otorgado a sus habitantes “el privilegio de usar la ciudad” y establecer “la comunicación intensa” ; y de la Ciudad Universitaria, que era prueba máxima de su huella creadora, donde reunió a Leger y Calder con los nuestros, y ratificó un ideario que concebía “la arquitectura como un acto social por excelencia, arte utilitario, proyección de la vida misma, ligada a problemas económicos y sociales y no únicamente a normas estéticas”.

Cuando Medina Angarita decretó la Ciudad Universitaria, todavía los chaguaramos de lo que es hoy Plaza Venezuela, y antes dilatada extensión de la Hacienda Ibarra, eran como guardianes de los límites que separaban a la ciudad plenamente construida, muriente en Los Caobos, y esta otra que se expandía, a retazos, entre antiguas aldeas, siembras espaciadas y las primeras construcciones aisladas, como anticipación de lo que sucedería con la carretera del Este camino de Petare.

Pero en la década del ‘50 Caracas ya no tenía esa frontera, y de un modo violento había dejado atrás la evocación de Antonia Palacios en *Ana Isabel, una niña decente* (1949) o la reconstrucción político-social de Laureano Vallenilla en *Allá en Caracas*

(1948) en las cuales reaparecían la vida morosa de La Candelaria o el desplazamiento de la gente chic en torpedos Alfa Romeo, su concurrencia a clubes, las excursiones a Los Chorros, el tango, el cine de Chaplin y Jackie Coogan, y los entrenamientos deportivos en terrenos de El Paraíso. Aún más: Caracas, en ese tramo, dejó cómo pasado los lugares de los habitués y la bohemia intelectual por donde desfilaron, en proximidad cronológica, los “alegres desahuciados” de Mariño Palacio.

Caracas, dio un vuelco. La Avenida Bolívar, a la que encontró a fines del '49, Héctor Mujica, naciente medio de “una ciudad bombardeada”, no sin merecer después un artículo premonitorio del autor de *La ciudad de los techos rojos*, surgió de pronto el Banco Obrero, adelantó proyectos gigantescos, entre ellos los conjuntos de viviendas del Oeste de la urbe, planificados para más decenas de miles de habitantes, metiéndose así en la zona abandonada que corría por la Avenida Sucre hacia Catia y Lomas de Urdaneta. Los superbloques, asiento de una revolución urbana impresionante, basaron su concepción al decir de Francisco Bullrich, en el esquema de la Ville Radieuse, y al frente del equipo (Brando, Bermúdez, Centella, Mijares y Celis Cepero) estuvo Villanueva, con su tesis de un “arte utilitario” o en función social.

La Avenida Bolívar fue una herida en el centro de Caracas, alargada hacia el Este por la autopista, en forma tal que enlazaba dos sistemas diferentes, desangrándolos: uno, que era el contemplado en el Plan Rotival y sus modificaciones, y otro seguramente impuesto por las exigencias de un país de autopistas, seducido, como Babbit, por el ideal automotor, que valoraba menos al hombre y su hábitat que al

desarrollo económico y la máquina. El Silencio se convirtió repentinamente en sistema de distribución de tránsito, y la autopista en una vía rápida que dividiría la ciudad y desde la cual, como escribió un periodista francés, el pasajero o tripulante podía tocar ciertos edificios (Bello Monte) sin encontrar una venturosa salida que lo condujera a ellos. Este enlace violento, que los planificadores urbanos se dice piensan moderar con el Paseo Vargas, no era la única alternativa del Nuevo Ideal Nacional. Por entonces se manejó una doble posibilidad: una autopista orillada al Guaire, sin el empalme de la Avenida Simón Bolívar, y un monorriel por encima de ese río, entonces embravecido, en época de lluvias torrenciales, y causante de inundaciones que echaban sobre zonas de la ciudad, desechos e inmundicias.

Los conjuntos del Oeste, así como la Autopista Caracas- La Guaira, la “más cara del mundo” y otras realizaciones del Nuevo Ideal, fueron recogidos en un documental de Bolívar Films ampliamente exhibido entonces en Venezuela y en el exterior. Otras obras importantes (las Avenidas Urdaneta, Fuerzas Armadas, Andrés Bello y Miranda) o el sistema de la Nacionalidad formaron parte del inventario urbanístico de la dictadura militar, acaso el que con mayor fuerza se haya acumulado en la ciudad.

Para el Paseo Los Próceres inventó Picón Salas, muy brillante en la factura de frases, la expresión “el Copódromo de El Valle” con sesgo caricaturesco que exageró todavía más Aquiles Nazona en bellísimo libro, *Caracas física y espiritual*, al apuntar que sería “el lugar más feo de Venezuela, el más vulgar y antiarquitectónico” si no se hubiera erigido en pleno centro “ese Escorial traducido al dulce de leche” que es el Palacio Blanco.

En materia hotelera, si el Ávila fue el escudo de armas de la década del '40, el Tamanaco lo fue de los fines del '50, y el antecesor glorioso el Majestic, echado a tierra para construir la Avenida Bolívar que, de paso, se llevó a un edificio de corta vida: el Junín. Pero el Majestic es un error de memoria, una ausencia entre paréntesis. Dos jóvenes poetas han intentado reinventarlo, junto con la generación que lo amó. Castillo Zapata, por ejemplo, dice:

*Pienso en esos tíos míos de otro tiempo
Tratando de olvidar despechos en las vespertinas del Rialto.
Pienso en esos viejos que alcanzaron a ver los tranvías
Y el hotel Majestic todavía en pie.*

Y William Osuna en su poema “*Cuando Gardel llegó a Caracas*”:

*Esto no lo sabe nadie ni está en las antologías del tango.
La ventanita que aparece en su cabeza, y que todos conocen
Yo se la dibujé mientras dormía en el Majestic.*

El crecimiento petrolero determinó a su vez un crecimiento de las clases medias y de las masas de trabajadores y desposeídos. El Censo Industrial de 1953 señalaba la consolidación de fábricas en la periferia, hacia el Oeste por Catia, Los Flores, San Martín, La Yaguara y Antímamo, y hacia el Este por Boleíta, Los Ruices, Santa Eduvigis, Los Cortijos de Lourdes, situándose en este extremo las más modernas plantas. Para ese entonces, la capital concentraba 55% de los establecimientos fabriles y manufactureros del país. Cuando se precipitaron los sucesos de enero de 1958, el

sector industrial del Oeste, donde habitaban en ranchos, superbloques o casas de bajo costo la mayoría trabajadora y marginal, fue un componente explosivo, mientras en el sector Este la co-existencia de urbanizaciones de capas en ascenso con trabajadores y marginales disolvió los factores de protesta.

Esa Caracas de los '50 todavía no ha resurgido en la memoria de los narradores, salvo en algunas novelas de Garmendia, y en cuentos suyos como "El inquieto anacobero" o en trozos de Abreu, Stempel París y González- León, y de cronistas de excelencia como Elisa Lerner. Como curiosidad, Mancera Galleti, en Rancho 114 tomó como escenario El Observatorio, barriada cercana a El Calvario, de rápido desarrollo: un punto desde donde se podría observar hoy día el pasado de un proyecto que hacía de El Calvario un espacio de primerísimo rango.

En la ciudad anterior al Plan Rotival, o de inicios de los '40, la pintura histórica o paisajista estaba integrada al Capitolio, el Panteón Nacional, el Concejo Municipal y uno que otro banco, de los pocos que existían. La Ciudad Universitaria, en el decenio de los '50, dio un golpe de timón, convirtiéndose, por así decirlo, en el primer museo moderno, con murales que resistieran la propaganda política de la "era de la violencia" y como en una prueba anticipada de integración de las artes. En los años que vendrían, el cinetismo y el abstraccionismo penetraron en las sedes bancarias, en los rascacielos y en los espacios abiertos, no siempre con buena suerte, como sucedió con Alejandro Otero en los terrenos de El Conde, posteriores a su demolición y anteriores a Parque Central y su entorno.

Los '60 fueron los de la violencia política, guerrillera en su etapa inicial, contestataria y anticultural en la final, y al mismo tiempo los de la proliferación de revistas y grupos, galerías y salas de exposiciones, debates estéticos, nuevas realidades sociales y, por supuesto, urbanísticas y arquitectónicas. La animalía de los distribuidores viales (El Ciempiés, El Pulpo, La Araña), y la construcción de una especie de ciudad satélite, con Caricuao, signaron una etapa en la cual todavía el automóvil no le daba paso al Metro, y expulsaba la ciudad a extramuros, dejando al conjunto habitacional foráneo casi en situación de aislamiento. La capital, asediada en tiempos de Pérez Jiménez por las desembocaduras de la Panamericana y la autopista al litoral central, sintió un tercer asedio con la carretera de Oriente, “ruta del sol”. La masa rural o provinciana, y la interdependiente de La Guaira, Macuto, Maiquetía, Catia La Mar, planearon, hasta colmarla, la ciudad. Ramón J. Velázquez denominó a esta nueva forma de ocupación, “campamento”, una caótica instalación no militar, provisional o definitiva según el caso.

La Avenida Libertador, construida con financiamiento externo, como la Cota Mil, ésta llevándose las faldas del Ávila, intentaron descongestionar el eje Este-Oeste, cubierto por la autopista y parcialmente por la Miranda y la Sucre, mientras el proyecto del Metro avanzaba lentamente, contenido por las contingencias del presupuesto y la oposición política.

Con los '60 nació la República del Este, tomando como centro el Bar Restaurant El Viñedo, y puntos cercanos como El Gato Pescador, La Cita y La Cervecería Alemana. Miyó Vestrini haría el primer inventario de esta **área mágica** en expansión,

donde la bohemia intelectual y un tipo urbano diferente al de las décadas anteriores montaría su escenario y sus espectáculos rituales, desde la Exposición Homenaje a la Necrofilia hasta el Manifiesto de la Escuela de Letras. Correspondiente a esta etapa decenal con la pequeña novela *Piedra de Mar*, que movía personajes jóvenes, como poco antes *Al sur del Ecuánil*, y que reivindicaba una ciudad que ya era la de las viejas parroquias, ni la de la Plaza Bolívar o el Parque Misericordia. Más tarde, Carlos Noguera con *Historias de la calle Lincoln* (1971), le daría entrada a estos espacios urbanos, Antonieta Madrid (*No es tiempo para rosas rojas*, 1974), los evocaría, junto con otros como los cafetines de la UCV, Los Caobos y Los Palos Grandes, mientras Garmendia, en *Los pies de barro* (1973), haría un complejo ensamblaje con el Oeste y el Centro de Caracas, ambientes urbanos tratados en su narrativa precedente. El apogeo llegó con Fausto Masó (*Gran café*, 1988).

País portátil, de González León, es un desplazamiento horizontal de Este a Oeste de Caracas, que arranca en la avenida plena de automóviles, vitrinas, movimiento humano. Ya en un texto del mismo autor, *Asfalto-infierno*, donde la fotografía desafiante de Daniel González complementaba una visión trepidante de la ciudad, se había captado la violencia, la suciedad, las luces, el jadeo, la grasa, el humo, todo como “al borde de la explosión”.

En la poesía de Ovalles la basura y el excremento fueron como el cemento, las azoteas, los burdeles en la de Héctor Silva Michelena, la otra parte de la ciudad moderna, cosmopolita, lujosa. Y en Calzadilla, la invención se expresó en pura alineación.

Para la fiesta cuatricentenaria, 1967 la promesa fue una ciudad digna, imposible de lograr de la noche a la mañana. El espectáculo Imagen de Caracas, donde Jacobo Borges se transformó en cineasta y varios intelectuales en actores ocasionales, quiso recoger la historia de la urbe y convertirla en una feria audiovisual: junto a la proyección en varias pantallas dispuestas en forma circular, un grupo motorizado agredía deliberadamente al espectador. Aquella presentación simultánea de tiempos y personajes buscaba combinar el pasado bucólico y el despliegue de ambientes rurales con el delirio automotor, el ruido y los destellos de la urbe de los '60.

Tomás Sanabria declaró en 1967 que las obras en Los Caobos habían comenzado con un septenio de retraso. El plan tuvo oposición de algunos cronistas y poetas, añorantes de los árboles sembrados por Mosquera un siglo antes, pero su propósito era salvar el parque dentro de una concepción contemporánea. José Miguel Galia anunció en 1969 que el paseo contaría con tres enormes fuentes, a más de otras dieciséis con sistema de sonido e iluminación conjuntas. Y así se entró a los años '70.

Esa década fue la del boom petrolero, iniciado a finales de 1973 con la guerra árabe-israelí. La nación se llenó de dinero en medio de la “bonanza saudita”, y Caracas se convirtió en un centro de consumo asombroso, desbordante de artículos importados, y con un puerto, La Guaira, donde los buques pasaban semanas sin descargar debido al congestionamiento. La construcción privada aceleró su ritmo, con fines puramente especulativos, y la banca hipotecaria sustituyó al Banco Obrero – INAVI, y ya ni siquiera pudo decirse que existiera una “intervención desorganizada

del Estado” , como apuntaba con acierto Juan Pedro Posani al caracterizar la explosión urbana y la “transformación del medio físico” producidas bajo la dictadura militar. En la Gran Venezuela, que paradójicamente, buscaba desconcentrar y regionalizar, Caracas se sobresaturó, sumando al éxodo campesino a la inmigración violenta desde países andinos, fundamentalmente Colombia, y antillanos, en su mayoría población de bajos recursos de República Dominicana. La industria de la construcción operó en búsqueda de los mecanismos de máximos beneficios, y las “viviendas obreras” y de “interés social” prácticamente desaparecieron. Los inmensos edificios de apartamentos, desprovistos de zonas verdes, “gavetas para guardar gente”, como los llamó Fruto Vivas, constituyeron la expresión del desarrollo urbano, mientras comenzaron a aparecer las edificaciones de lujo, generalizadas en el posterior período de “la dolarización”. Esta aglomeración la recogió Prasel en **Apartamentos 22**, así como la de los barrios del Oeste lo hizo Pérez Esclarín con **Jesús de Gramoven** y **La gente vive en el este**.

La dilatada zona de El Conde que remata en el paseo Los Caobos, y que es a comienzos de la década del ‘60 fue concebida por algunos ...en plena demolición como “ciudad cultural” pasó de bosquejo a concreción en medio de una confusa mezcla que reunía Parque Central, frente “al Nuevo San Agustín”, con el Hotel Hilton y su ampliación, la sede del Ateneo, la extensión modernizada de Bellas Artes y el proyecto en marcha del Complejo Cultural Teresa Carreño, dejando como sobrevivientes el Nuevo Circo (1919), la pista de patinaje Mucubají, convertida en hemeroteca, y el terminal de pasajeros, con lo cual todo concepto de unidad

urbanística no pasaba de ser una parodia de planificación. La Biblioteca Nacional, contemplada en el proyecto de los '60, fue desplazada hacia el cuadrado del Panteón Nacional, luego de un vano intento por ubicarle en el Helicoide.

Justamente el Helicoide y el Teleférico- Hotel Humboldt heredados de la época de Pérez Jiménez, fueron, y siguen siendo, “bellas durmientes”, no sin haber digerido planes y dineros para su utilización. Henrique Hernández juzgó como insólito lo sucedido con el Helicoide, “ejemplo de modernidad arquitectónica”, cuya concepción inicial comprendía un gran parque y el rescate urbano de La Charneca. Pero “los pulmones vegetales” continuaron siendo la utopía en un valle antes repartido entre los amos de hacienda y ahora entre los amos de las finanzas. No por casualidad el símbolo arquitectónico de las dos últimas décadas han sido los edificios de los bancos y los centros comerciales. Su estilo es la clase dominante: soberbio, aislado, a suficiente distancia de la masa aglomerada en ranchos, superbloques y edificios que conquistan para sus habitantes cielo y los despojan de la tierra.

En 1975 fueron proyectados cuatro parques (El Junquito, Los Guayabitos, Fila de Mariches y El Cementerio-La Rinconada), así como en 1971 se garantizó el Parque Naciones Unidas en El Paraíso y en ¡1950! la periodista Juana de Ávila había pedido uno para la Avenida Bolívar, para impedir que la zona se convirtiera en una jungla de cemento. En contraste, Caracas se contaminaba, el humo de los automóviles y del Ávila incendiado, tan ajeno a las églogas de Díaz Rodríguez y a la pintura de Cabré, se juntaba a las montañas de basura en las calles, con crisis en el aseo urbano y

escarnios como Ojo de Agua, acerca del cual Britto García escribió una página terrible.

Los años '80 encontraron a una Caracas de crecimiento desordenado, por cierto imitado por las otras ciudades del país.

La expansión hacia el Sureste ha sido mayor que nunca, y entre La Lagunita, centro de viejos y nuevos ricos, y las edificaciones masivas para las clases medias en ascenso o hipotecadas, algunos barrios obreros o marginales, como las Minas de Baruta, delatan la coexistencia agresiva, frente a la unidad marginal extendida por la vía de Antímamo, con Mamera y La Yaguara.

Y la contradicción en todo. Junto al esplendor del Museo de Arte Contemporáneo, el desastre de la Escuela de Artes Plásticas Cristóbal Rojas. La Plaza Caracas (o Mayor) convertida sucesivamente en feria electoral con la Jaula de King Kong en estacionamiento para burócratas del Centro Simón Bolívar, en mercado libre y en vía de paso, frente a El Silencio de buhoneros, ferias navideñas y tránsito congestionado. Los monumentos y fuentes, o desaparecidos o en eterna rotación y remodelación. Y el Cubo Negro y la autopista, cercanos a la antigua hacienda La Carlota, transformada ya en urbanización y aeropuerto, pese a la oposición de las asociaciones de vecinos y a las proposiciones para diseñar un enorme hidroparque que uniría a Chuao con la Avenida Rómulo Gallegos.

No dos ciudades, varias ciudades es la ciudad de Caracas. Esto de las dos ciudades proviene de una observación de Lenin sobre Londres, al comparar la de los ricos y la

de los pobres, y le sirvió a Manuel Caballero para caracterizar, en los '60, la narrativa de Salvador Garmendia, a diferencia de la de Uslar, a la cual veía como la de una urbe única, propia de la clase social que podía, antaño, habitar en el Country Club. Hay, pues, varias Carcas, la de las lujosas mansiones y los centros comerciales; la de los edificios verticales, “gavetas para guardar gente”; la de las quintas; la de las casas de las viejas parroquias y de las urbanizaciones de los años '20 y '30, relictus destinado a la desaparición; y la de los cerrícolas, término consagrado por el joven escritor Ángel Gustavo Infante, y de los orilleros o marginales de las quebradas que antes fueron ríos o flujos cristalinos.

Han transcurrido cincuenta años del Plan Rotival. Por aquellos días, Andrés Eloy Blanco publicaba su *Baedeker 2000*, poemario de aventura vanguardista donde aparecen el país y su capital antevistos, como situados al borde del próximo siglo.

Y Juan Liscano reventaba con sus ocho poemas, con una visión negativa de la ciudad, “horrible herida”, claustro de “cuerpos mudos y acuchillados”. Estas dos predicciones, a pesar de la primera alimentar un futurismo optimista y la segunda una fuerza alienante, confluyen medio siglo después en lo que es la realidad urbana de Caracas.

Cuatro versos de “Arquitectura” (*Baedeker 2000*) resumen lo que en Fruto Vivas es espectacular diagnóstico de edificios para guardar inquilinos, habitantes engavetados:

Se abrieron los poros de veinte mil ventanas.

Una humanidad superpuesta

Estaba allí como una caravana vertical.

Pero en esta torre de incomunicación, Andrés Eloy veía a la vez un prodigioso sistema de comunicación:

Los radiotelefonistas

se escuchaban su propia voz,

regresada a sus labios dando la vuelta al mundo.

Garfios para amansar potros de aire,

el faro de señales planetarias,

el condensador de nubes...

El universo de las telecomunicaciones, que sumió a la radio, el teléfono y la TV, las transmisiones vía satélite y las antenas parabólicas, se despliega en la poesía profética de *Baedeker 2000*. Andrés Eloy y Liscano se adentraron en la ciudad contemporánea (y del futuro) cuando Caracas estaba dominada por el cine y la radio, dos innovaciones que en su momento dieron paso a especulaciones contingentes como “la muerte del teatro” y de la “prensa escrita”. En la década del ‘50 entró la TV con sus efectos alienantes, humorísticamente descritos por Eduardo Liendo en *El mago de la cara de vidrio*. Luego, de los ‘70 para acá, la electrónica y la “expansión audiovisual” han desatado en teoría, la revolución comunicacional.

La utopía urbana de Caracas –y de las ciudades del futuro- se ha expresado en una contradicción de raíz: los medios de comunicación han incomunicado, vitalmente, a los ciudadanos. La apertura al mundo ha sido paralela al cierre del lugar que se habita, donde se vive y muere. La disgregación en pequeños núcleos que no se vinculan y donde la continuidad familiar y de grupo es interrumpida por inesperados desplazamientos clasistas y por la violada topografía de Caracas, ha hecho de ésta, en medio siglo, una ciudad desidentificada, en permanente mutación, erosiva o constructiva según el caso, pero siempre impulsada por la arbitrariedad y el delirio.

Atrás va quedando la Caracas de López Contreras, atrás la de Gómez y Castro (de *Ifigenia y El hombre de hierro*), y atrás quedó ya la de los techos rojos. Pero la ciudad deseada, como “el mundo feliz”, jamás llegará. Por lo menos, no ha llegado en 1989. Y para finalizar, una comparación entre la utopía de *Baedeker 2000* y la de 1900, expuesta por Pepe Albornoz, en el diario *El Tiempo*, 18 de septiembre de aquel año:

Los que salen por el Naciente van dividiéndose entre Sabana Grande, Chacaíto, Chacao, Los Dos Caminos, Petare y El Encantado. Estos prefieren la grata sombra de aquellas arboledas y admiran las continuas y variadas perspectivas de esa risueña campiña a cuyo comienzo habrá otra Caracas, mejor que ésta dentro de 150 años.

¿Habrá otra Caracas?

